

Consideraciones arqueológicas en torno al siglo V en Mérida: Repercusiones en las viviendas y en la muralla



MIGUEL ALBA CALZADO

Mérida dispone de un abundante aparato bibliográfico centrado en su mayor parte en desvelar aspectos de la urbe romana con una perspectiva fundamentalmente arqueológica desde principios de nuestro siglo. Hasta tiempos recientes en la reconstrucción del mundo Tardorromano y de época Visigoda la contribución más importante se había realizado desde la historia gracias al análisis de fuentes escritas con menciones relativas a Emerita, en tanto que el papel de la arqueología había sido más modesto participando en un segundo plano como disciplina auxiliar y en desventaja con respecto a los estudios de arte y los epigráficos que habían acaparado mayor atención. Desde hace más de una década la arqueología ha dado importantes pasos para compensar este desequilibrio abriéndose al estudio de otras etapas históricas con preferencia hacia una documentación diacrónica, también dentro de cada fase, etapa o período.

Probablemente se seguirán produciendo aportaciones fecundas desde la historia y la historiografía que servirán para matizar aspectos o reinterpretar datos bajo nuevas perspectivas. Pero será la arqueología, con nuevos sistemas de análisis, la que proporcione mayor caudal de información en la resolución de problemas de interpretación histórica, o ayude a llenar fases de vacío documental debido a la inexistencia de textos o aspectos más difíciles de registrar por éstos (como los relativos a la vida

cotidiana); participando con otros puntos de vista, aportando propuestas y suscitando temas de debate con nuevos problemas en la aproximación a una realidad siempre compleja que sugiere respuestas múltiples.

Para la comprensión de Mérida en el siglo IV han sido muy valiosos los trabajos de Arce (1982: 209-226) y R. Etienne (1982: 201-207), que han expuesto el destacado papel político, religioso y económico que desempeña la urbe favorecida por su nombramiento como Capital de la Diocesis Hispaniarum. El auge de la ciudad en el Bajo Imperio queda refrendado por la restauración o la reforma de algún edificio público (ARCE, 1982: 213-215; ETIENNE, 1982: 205; BENDALA y ÁLVAREZ, 1995: 187) y por un importante impacto en el plano urbanístico que repercute tanto en la vivienda como en los espacios funerarios pasando por la construcción de edificios de culto cristiano (MATEOS, 1995: 125-152; 1995c: 240-243). Desde la arqueología las aportaciones más importantes las han realizado Luis Caballero y Mateos Cruz con diversos trabajos citados en la bibliografía, entre los que podemos destacar *Santa Eulalia de Mérida. Arqueología y urbanismo* (1998), donde Mateos trata los cambios operados en la ciudad en el siglo IV y su evolución en el siglo V y época Visigoda.

Nuestro objetivo en este trabajo es aproximarnos a las repercusiones, materializadas en el registro arqueológico, que se produjeron en el siglo V en el







LÁMINA 2
Muralla, puertas, torre, refuerzos e inmuebles comprendidos en el Área Arqueológica de Morería

ámbito doméstico y en las murallas. Centuria en que la presencia de los pueblos invasores en Mérida será numerosa, variada y constante, hasta el control definitivo de la ciudad y su territorio por parte de las fuerzas visigodas dentro de la política de gobierno peninsular que, desde Tolosa, inaugura Eurico.

Los datos que aquí vamos a utilizar proceden del área arqueológica de Morería (Mérida), cuyos trabajos de excavación y documentación siguen en curso a cargo de la Dirección General de Cultura y Patrimonio de la Junta de Extremadura. El solar de Morería posee unos doce mil metros cuadrados, ocupando una zona aledaña al puente y en paralelo al río (figura 1), que incluye un tramo de muralla romana de unos doscientos metros, con restos en el extremo norte del refuerzo de sillares, y una representativa porción de la Emérita intramuros (figura 2) que engloba cinco calles, seis manzanas (dos de éstas en su integridad) y trece grandes viviendas con varias *tabernae*. El conjunto arqueológico de Morería revela la organización reticular de la urbe augustea y su evolución en el tiempo en cualquiera de las etapas históricas con especial densidad de información en el tránsito de la ciudad Antigua a la Medieval, con una solución de continuidad que puede seguirse desde su fundación hasta el siglo VIII.

También en Morería se constatan importantes repercusiones en el ámbito doméstico en el Bajo Imperio (MOSQUERA, 1994: 47-48; ALBA, 1997: 291-292) aparejadas a un proceso de alteración urbanística que, lejos de interpretarse como un signo de decadencia, demuestran una vitalidad constructiva y ornamental culminante en el sector privado que

supera a cualquier otra fase histórica que haya dejado huella en el solar.

Son varias las alusiones referidas a la muralla de Emérita y su refuerzo de sillares. Menciones especialmente valiosas, como veremos más adelante, serán las de los cronistas musulmanes que hubieron de comprobar su eficacia muchas generaciones después de que fuesen erigidas. En la actualidad, siguiendo a Richmond (1930: 99-107), se acepta que su fábrica de mampostería es de origen fundacional, aunque algunos autores disientan en considerar toda la cerca un elemento unitario (MATEOS, 1995d: 132-134). Más controversia suscita la interpretación del refuerzo de sillares, aparecido en los años setenta, e interpretado como obra tardorromana datada en los siglos III o IV coincidiendo con el amurallamiento de otras ciudades del imperio (a consecuencia de la crisis generalizada (FERNÁNDEZ UBIÑA, 1982)). Sin embargo, para Mateos (1992: 63; 1995: 204 y 1995b: 138-140) sería levantado en el siglo V, dentro de una serie de argumentaciones arqueológicas para la evolución de la ciudad en esta centuria y que refrenda el contenido de una inscripción perdida pero transcrita, con algún error de datación, en el Códice Azagra. La inscripción, corregida con argumentos irrefutables por Vives (1939: 1-7), se fecha en el 483 para recordar la restauración del puente a cargo del dux Salla y se mencionan las obras llevadas a cabo con anterioridad en la muralla bajo el patrocinio de dicho gobernante y a instancia del obispo Zenón (CAMACHO, 1996: 239) en tiempos del rey Eurico (ORLANDIS, 1987: 480). Por su interés reproducimos el texto de la inscripción en versión de Aquilino Camacho (1988: 209):

"Había demolido los antiguos pilares la vejez destructora,
amenazaba la obra desmoronada y rota por el tiempo.
La vía colgada sobre el río había perdido su uso
y la ruina del puente impedía el libre paso.
Ahora en tiempo del poderoso rey de los Getas, Ervigio (sic, Eurico),
a la vez que ordenó cultivar las tierras a él confiadas

El duque Salla ansió perpetuar su nombre, magnánime en hechos,
y añadir el suyo a los méritos de los predecesores.
Pues tras renovar la ciudad con majestuosas murallas,¹
no cejó hasta consumir este mayor milagro
Reconstruyó los arcos, los reforzó en sus cimientos bajo el agua
y al imitarla superó la obra del primer constructor.
Le animó a restaurar tan gran monumento
el amor a su patria del Sumo Sacerdote Zenón.
Ciudad Augusta, dichosa, que durará por largos siglos,
embellecida merced al celo del general y del pontífice!
Era DXXI”

Cómo incidieron las invasiones en Mérida es una incógnita. A partir del contenido de esta inscripción podría deducirse que tan importantes obras, que suponen un gran esfuerzo inversor, son reflejo de la fortaleza del poder civil (y religioso) en la ciudad aún en el siglo V. Tiempos de fragmentación del Imperio, de invasiones y crisis que truncaron la situación privilegiada de Mérida en la centuria anterior (ETIENNE, 1982: 207) pero que, pese a todo, la ciudad parece sobrellevar sin grandes quebrantos, conservando su importancia (MACÍAS, 1929: 13) acaso por la rentabilidad heredada de una situación próspera iniciada el siglo anterior con el nombramiento de capitalidad de la diócesis de Hispania (GARCÍA MORENO, 1982: 227-228). Así, podría pensarse que el siglo V interviene como un paréntesis de transición sin graves consecuencias, que, superado, propiciaría la vitalidad de Emerita en época Visigoda, etapa en la que alcanza la madurez plena (CAMACHO, 1988: 11). Éste también podría ser el sentido que se desprende de la información contenida en *El libro de las vidas de los Santos Padres de Mérida*, escrito en el siglo VII, que plasma retrospectivamente la idea de un pasado mejor. Tiempos de bonanza los que recrea su autor anónimo que comenzarían a partir del obispo Paulo,

transcurridas las primeras décadas del siglo VI. De así aceptarlo podría decirse que el mensaje propagandístico implícito de una inscripción y de una obra histórico-literaria han cumplido su objetivo, pero no olvidemos que detrás de esa información hay unos hechos: la principal vía de comunicación estuvo cortada durante un paréntesis indeterminado de años, roto el puente por varios de sus arcos, y la edificación de una nueva muralla que se antepone a la primera manifiesta la desconfianza en el desempeño de su papel defensivo y la necesidad de hacer frente a ataques previsibles. El relato pretendidamente objetivo de un hombre de iglesia al que, no obstante, resulta igualmente interesante leer entre líneas para sonsacar datos, ajenos a los propios obispos, referidos a la propia ciudad y a la sociedad de su época que tan acertadamente aprovechó García Iglesias (1974: 321-362).

Dentro del contexto general de las invasiones (ORLANDIS, 1981 y 1987; MAIER, 1981; SAYAS y GARCÍA MORENO, 1990) las fuentes escritas nos han transmitido pocas noticias sobre lo acaecido en el siglo V en Mérida, centuria decisiva para entender las transformaciones de la ciudad en época Visigoda. Recogen la presencia de los diferentes pueblos bárbaros por el control de Mérida, utilizando la

1 Vives traduce este verso “nam postquam eximiis nebabit mocrnib vrbem” con otros términos: “Una vez que rejuveneció la ciudad con destacables murallas”.

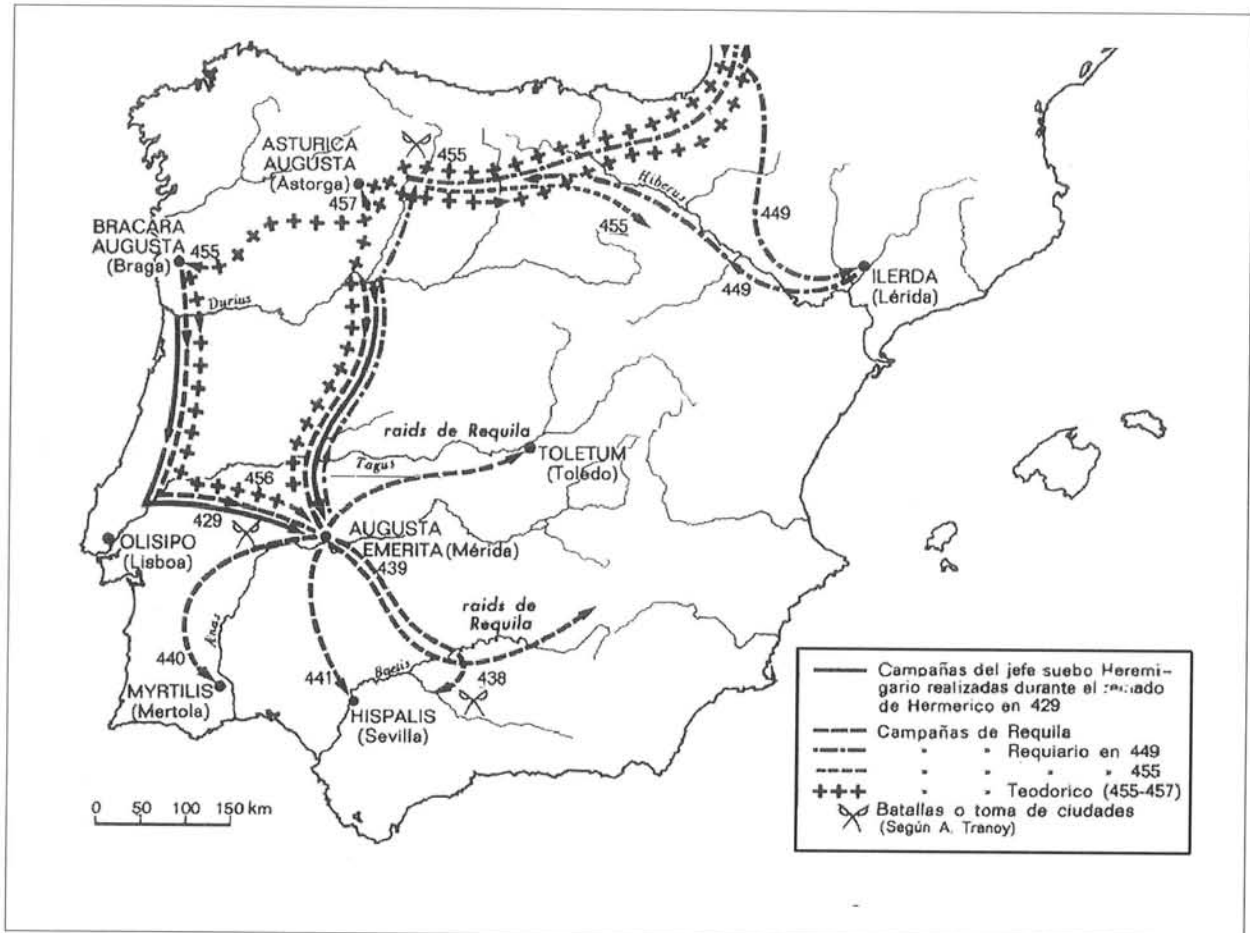


LÁMINA 3

IncurSIONES germanas a Mérida y desde Mérida
(según Sayas, 1990, pág. 37)



ciudad como base para realizar correrías por la Lusitania e incursiones en la Bética (lámina 3). Primero los alanos, a quienes les correspondió en el reparto peninsular; después los suevos en pugna con los vándalos por ocuparla y, por último, los federados de Roma, los visigodos, que finalmente lograron arrebatársela a los suevos en el 469 (ALMAGRO, 1961: 18-20), aunque la inestabilidad prosigue en conflicto con los suevos hasta la desaparición de su reino. La ocupación visigoda de Mérida se afianzaría a partir del primer rey peninsular Eurico. Las únicas referencias a actos de saqueo señalan a los suevos como autores y sólo encontramos mención de un encuentro bélico, con el río Guadiana como marco, entre suevos y alanos en el que resultaron vencedores estos últimos. Los acontecimientos relacionados con el dominio visigodo de este siglo han sido tratados por García Moreno (1982: 227-240; 1986: 97-114). Los textos antiguos no detallan los daños infligidos a la ciudad a lo largo de esta centuria turbulenta, pero que no hayan sido registrados en fuentes escritas no asegura que no se hayan producido.

Los datos proporcionados por la Arqueología en los últimos años apuntan a algo más que a desórdenes con una fuerte repercusión en las necrópolis (MATEOS, 1995b: 204) y en las viviendas (MATEOS, 1995a: 140) (ALBA, 1997: 292-293), ámbitos que podemos poner en conexión con la construcción imponente de la muralla de sillares (MATEOS, 1995c: 247). Es difícil imaginar una presencia completamente pacífica cada vez que Mérida cambió de ocupantes, con tropas costeadas con los fondos obtenidos de los saqueos que no siempre se retiraron tras el ataque, sino que se acantonan por tiempo indefinido o terminan estableciéndose, como hicieron suevos y visigodos.

Ninguno de los trece grandes inmuebles que abarca el área arqueológica de Morería escapó a la devastación y al saqueo. Algunas viviendas fueron incendiadas, como “la casa de los mármoles” (lámina

4) afectada en todo el ala norte y parte de la zona sur; pero en cualquier caso, ésta, como las demás, se mantuvieron en pie irregularmente dañadas. En la casa que nos sirve de ejemplo hay indicios que apuntan a un ensañamiento destructivo según parece deducirse del destrozo ocasionado a paneles de celosías marmóreas que iban ensamblados a las columnas del peristilo y a barroteras del mismo material ancladas a un murete perimetral que mediaba entre los corredores y el patio. Contamos con dos de estos postes y numerosos fragmentos de las placas caladas que permitirán reconstruir el aspecto con que se ornaba lujosamente la *domus* Bajo Imperial. También hallamos dispersos sobre los pórticos y el patio de baldosas bícromas más de una treintena de restos de columnas de mármol y sus capiteles, partidos al derribar el peristilo y múltiples placas de revestimiento arrancadas y fracturadas por la base, provenientes de la dependencia absidata ubicada en el patio y del murete corrido que delimita el pórtico. Destrozos que, obviamente, inutilizaron el material desechándolo para su posterior reaprovechamiento gracias a lo cual dejaron constancia en el registro arqueológico (lámina 5).

El incendio y el nivel de destrucción en general “conservaron” interesantes muestras que de otro modo se habrían perdido, como restos carbonizados de las vigas de las techumbres, un depósito de cereal calcinado en la zona de almacén, varias piezas de bronce (AYERBE, 1998: 89-93) y mármol de tipo escultórico (fragmentadas o completas, pero siempre ocultas por los derrumbes), fragmentos de teja, tierra aislante de la techumbre y restos de tapias.

Hay muchos otros testimonios de destrozo intencionado en Morería en el mismo sentido aunque no puede asegurarse taxativamente si ocurrió simultáneamente en todas las viviendas o en fases paulatinas a lo largo de un espacio de tiempo indeterminado, más o menos amplio, hasta ofrecer el panorama desolador resultante. Se podría objetar que los derrumbes pudieran haberse producido por

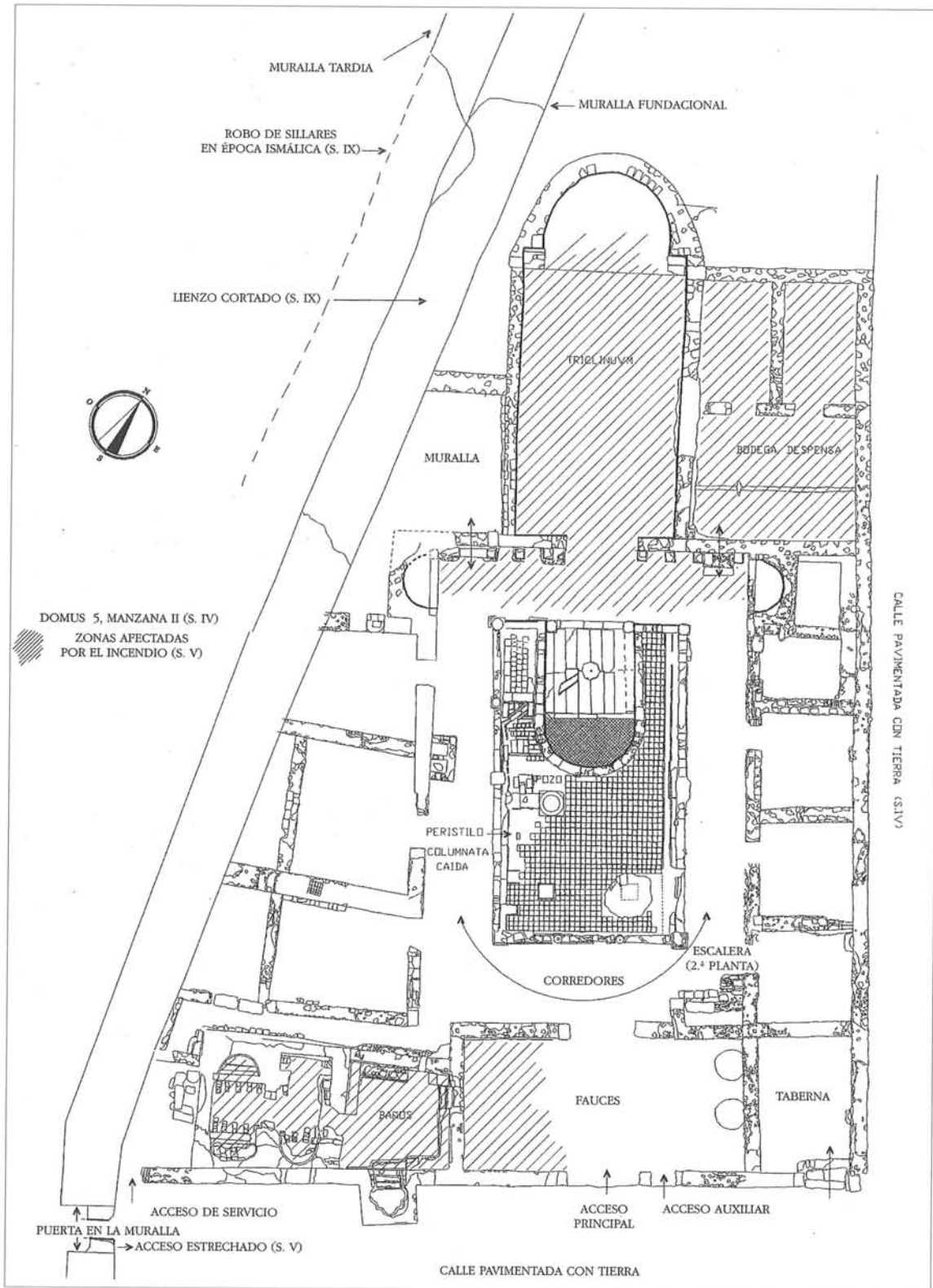


LÁMINA 4

La "Casa de los Mármoles" (Morería, Manzana II)

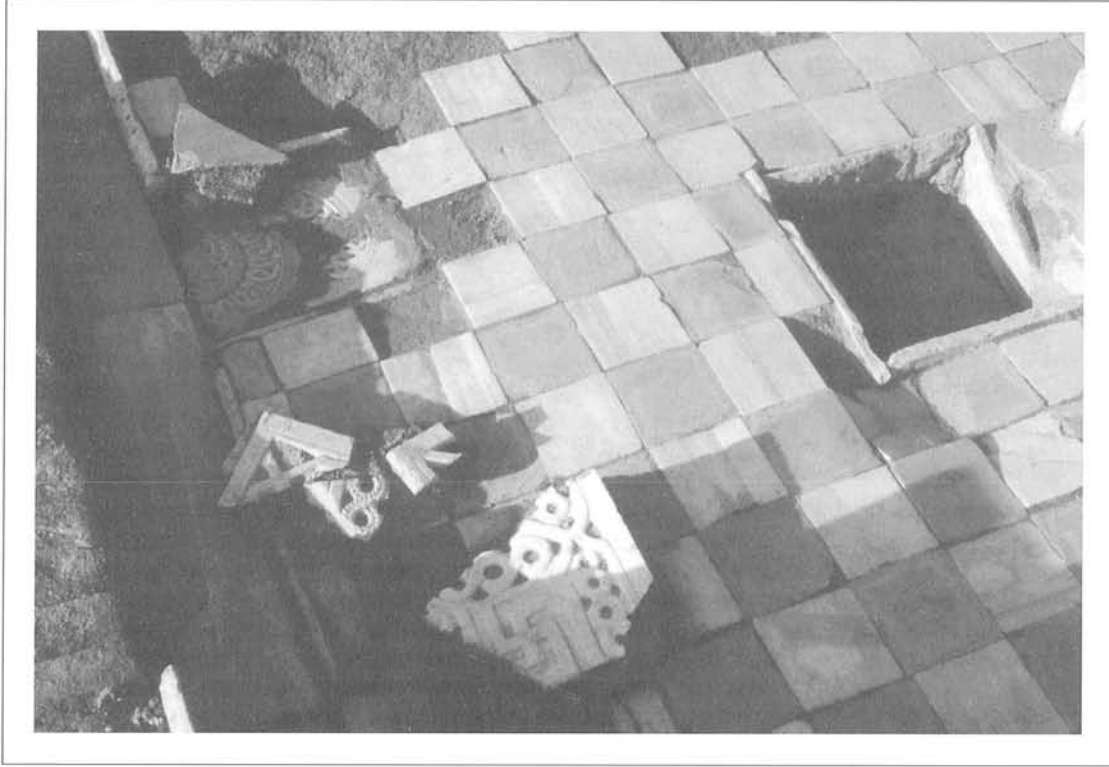


LÁMINA 5
Restos de celosías del peristilo

otras causas, no necesariamente resultado de acciones violentas sino debido a un abandono prolongado, por ejemplo, o infringido por los propios dueños sin propósito de regresar, por ello los pondremos en relación con otros datos. Indicios de conflicto bélico son también varias ocultaciones monetales que nunca fueron recuperadas (piezas todas romano-tardías) o la presencia de restos humanos. En el caso de producirse bajas entre la población, lo habitual es retirar los cuerpos para sepultarlos de forma individual o colectiva en fosas comunes con escasísimas posibilidades de hallar evidencias en el lugar del suceso, sin embargo en Morería tenemos algunas evidencias anómalas respecto a esta circunstancia como es el enterramiento de un adulto con orientación E-W, en el centro de una habitación de la casa nº 12 de la manzana V, en posición de cúbito supino y sin ajuar, siguiendo la modalidad de sepultura de tejadillo (lámina 6), para lo cual hubo que picar el suelo de signinum; emplazamiento insólito que nos lleva a preguntarnos qué impidió efectuar el enterramiento extramuros, sugiriendo además el abandono de dicha vivienda en aquel momento. Otras pruebas más reveladoras son los restos humanos aparecidos dispersos bajo un nivel de destrucción de *tegulae* en la vivienda contigua a ésta y los esqueletos de dos individuos arrojados a un pozo ubicado en el peristilo de la *domus* seis de la manzana IV (lámina 7).

La inestabilidad de aquel siglo dejó pruebas inequívocas de una importante crisis en la ciudad que afectó principalmente a la población, a sus viviendas y previsiblemente a las construcciones públicas, aunque esto último está por evaluar. Las señoriales casas de Morería reflejan la síntesis de un proceso destructivo, sucesivo o aislado, pero manifiestamente violento, bien durante el asalto de la conquista (antes), de tipo represivo (durante) o al retirarse el grupo ocupante, lo que, finalmente, se saldó con el despoblamiento del barrio. Crisis a la

que, debido a ese carácter de muestra representativa que concedemos a Morería por su amplitud y emplazamiento en el conjunto de la ciudad, podemos acercarnos a cómo pudo repercutir en el resto de Mérida, si bien la proximidad del barrio a la muralla pudo propiciar el que se viera más castigado por los ataques que otras zonas más protegidas del interior.

Pero más que en acontecimientos con repercusiones concretas, con signos de violencia, donde la crisis de la ciudad más se manifiesta es en la nula capacidad de regeneración de las viviendas afectadas. Abusos relacionados con el alojamiento de las fuerzas ocupantes, su mantenimiento, los problemas derivados de la convivencia con la población y la miseria y el hambre que arrastra todo conflicto bélico prolongado en nada beneficiarían el normal desarrollo de la vida urbana, tendente al despoblamiento progresivo de la ciudad que ha dejado de ser un lugar seguro para vivir.

Con antelación a los síntomas de normalidad o recuperación que implican la restauración del puente y el fortalecimiento de la muralla, nos hallamos ante un contexto depresivo bien distinto que inducen a pensar que las causas que impulsan su construcción exceden a la generosidad ervegética. En concreto, en el caso de la muralla no parece suficiente explicar su reforzamiento por razones de prestigio o de símbolo. Quizá esta obra se levantó para evitar lo que se ha descrito más arriba o para finalmente impedir que los asaltos se repitiesen, pero en cualquier caso representa el papel activo de las instituciones y de la población emeritense por hacer frente a los intentos de ocupación. Parece evidente que su propósito fue eminentemente práctico, defensivo.

El refuerzo de sillares apareció por primera vez en las excavaciones arqueológicas realizadas en la Alcazaba en los años setenta. Desde entonces se ha intervenido en esta área de forma intermitente hasta el año 1987. La cronología que se asigna a dicha cerca defensiva es el siglo III (CALERO, 1986: 133 y 176), en



LÁMINA 6

Sepultura intramuros (Morería, Manzana V)

LÁMINA 7

Restos humanos hallados en un pozo (Morería, Manzana IV)

relación a las correrías de francos y alemanes por la Península (BLÁZQUEZ, 1978: 231) o en cualquier caso dentro del contexto de crisis de este siglo (FERNÁNDEZ UBIÑA, 1982: 91-117) para el que otros autores datan construcciones análogas como las murallas de Coria, Cáceres o Cáparra (BLÁZQUEZ, 1965: 13; 1966: 10) (GARCÍA MORENO, 1986: 98), en consonancia con las teorías de Balil (1960: 179-197). Otros investigadores le atribuyen una cronología más tardía, del siglo IV (BERROCAL, 1987: 42), como se defiende también en la obra colectiva *Conjunto Arqueológico de Mérida* (1994: 199), o inconcreta pero en todo caso romano tardía (ALMAGRO, 1983: 23-33) (ÁLVAREZ, 1991: 12) (ENRÍQUEZ et alii, 1991: 603). Por su parte, como ya hemos señalado, Mateos Cruz lleva su construcción a comienzos del último cuarto del siglo V. Indicios posibles de esta cerca fueron documentados recientemente en un pequeño solar de la calle Augusto, fechándolo su excavador entre los siglos III y IV (SÁNCHEZ, 1997: 131). Mérida (1926 II: 11) y MACÍAS (1929: 137) reconocen como obra de godos algunas reparaciones de la muralla "por lo desvirtuada que aparece a trozos la fábrica romana" y la puerta doble que aún se conserva en la calle Obispo Mausona.

En un trabajo previo planteábamos una cronología vaga comprendida en el siglo V, pero con anterioridad a que Mérida se viese afectada por las invasiones, pues resultaba más factible emprender tan ingente obra en una etapa de vitalidad plena que no en una fase de debilidad crónica, tal y como manifestaba el conjunto de viviendas deshabitadas y destruidas de Morería. Sin embargo, a la luz de los indicios arqueológicos obtenidos en dicho solar, vemos menos obstáculos para aceptar la cronología de la inscripción, si bien la conclusión de la lectura estratigráfica de la porción de terreno extramuros de Morería, pendiente en gran parte de excavación, podrá proporcionar datos más precisos. No obstante consideramos que sigue siendo válida la interpretación como Muralla del Miedo (CERRILLO, 1985:

195) aunque con una cronología más tardía, sin que sea una condición preeminente ejecutar una obra de estas características acuciados por el pánico, como puede comprobarse en la fábrica casi idéntica de la Alcazaba emiral. Dentro de la inestabilidad que caracteriza al siglo V, sin duda el temor es suficiente motivación bien para evitar que se reproduzcan los hechos de las noticias inquietantes que llegan de otras ciudades saqueadas o destruidas (como Conimbriga, devastada por los suevos) o bien para impedir que acontecimientos ya vividos en Mérida se repitan.

A la nueva muralla se la dota del mismo ancho que a la cerca fundacional con 2'80 . de grosor en Morería (entre 2'44 y 2'66 m. en la Alcazaba según Calero (1986: 116), anteponiéndose adosado el paño de aquella e igualando su altura (unos 18 codos según los cronistas musulmanes). Supera, por consiguiente, la consideración de forro o refuerzo una obra que reproduce las dimensiones de la primera muralla de mampostería, edificada ahora con un aparejo irregular de sillares, unidos con argamasa, sólidamente cimentados en la roca, que a su vez hubo que recortar para crear un escalón en el que asentar los sillares y sanear la roca más superficial y deleznable.

El tramo amurallado de Morería conserva unos 200 m. de lienzo fundacional y unos 50 m. de refuerzo (lámina 2); contaba con la ventaja de la defensa natural del río, muy próximo y en paralelo. Entre el Guadiana y las murallas mediaba una estrecha banda de terreno surcada por la prolongación de la Vía de la Plata, ramal de circunvalación al encuentro de la cabecera del puente. Pese a la consecuente falta de amplitud de espacio para maniobrar o atacar, se tomaron las mismas precauciones constructivas: paramento de sillares dispuestos a tizón la mayoría, algunos intercalados sin orden a soga, levantado por tongadas de un hilada de entre 40 y 70 centímetros. e interior de sillares y otros elementos reaprovechados como fustes, *cupae*



LÁMINA 8
Sección del refuerzo

LÁMINA 9
Muralla fundacional detrás, torre al fondo (s. IV) y refuerzo (s. V). Robo de sillares en época Emiral
(la *cupa* que sobresale se encuentra a medio extraer). Siglo IX



y piedras menores para taponar huecos (lámina 8). Las precauciones tomadas en este tramo resultan exageradas, aunque esto nos conduzca de nuevo a una intención eminentemente práctica, concebida para defender con garantías, superando los límites de lo meramente preventivo.

Doblar el grosor de una muralla supone también duplicar el espacio transitable de su adarve con lo cual se lograba concentrar más defensores en cualquier punto amenazado y llegar antes y en mayor número los refuerzos oportunos. Con casi cinco metros de holgura, entre el espacio ocupado por las almenas, permitiría además el emplazamiento y traslado de máquinas de guerra.

La torre documentada en Morería, de planta cuadrangular, defendía la puerta de un segundo eje principal paralelo al *decumanus* en dirección al foro provincial, es obra posterior, del siglo IV, adosada al lienzo fundacional. También se observa la restauración del paramento desconchado de la muralla altoimperial con ladrillo y argamasa. Dicha torre quedó asimilada por el lienzo de sillares perdiendo su posición adelantada apenas sobresaliente ahora un metro (lámina 9). En el tramo de Morería se invalidó la torre romana pero la cerca de sillares también contaba con algunas torres como se constata en la zona excavada de la Alcazaba, donde quedan restos de dos torres rectangulares de planta más amplia que las romanas.

El lienzo de sillares o refuerzo tardío, como se le denomina, no está presente en todo el perímetro que cubre la muralla fundacional. Donde mejor se ha documentado es, como se ha apuntado, en la parte que menos la necesitaba, en la fachada ribereña, visible en Morería, la Alcazaba y Calle Anas. Con más motivo habría de defender las zonas más vulnerables de la ciudad siguiendo por norma el trazado la muralla augustea, pero quizás ocasionalmente retranqueada respecto a aquélla, buscando el terreno más alto y dejando fuera espacios desventajosos para la defensa o "prescindibles" -como

quizás, los comprendidos en el área de espectáculos, lo que explicaría la ausencia de tales sillares en el tramo de muralla del teatro y el anfiteatro-. Otra posibilidad es que se construyese sólo a tramos intermitentes para defender los puntos más débiles. Es ésta una de las incógnitas a las que las futuras intervenciones del Consorcio podrán dar respuesta, así como al trazado definitivo de la cerca augustea que plantea serios problemas de localización, sobre todo en el flanco sur y norte de la urbe.

Otras precauciones defensivas adoptadas, según se observa en Morería, atienden a solucionar los puntos más débiles de la muralla altoimperial: los vanos. La primera muralla se abría en multitud de accesos equidistantes (cada 82 m. aproximadamente) además de contar con algunos desagües. Puertas y portillos daban paso a cada una de las calles del plano reticular (a excepción de aquellas calles "privatizadas" en el transcurso del tiempo de las que en Morería se da un ejemplo entre las manzanas IV y V fechada en el siglo IV). Estos vanos, en general, serán estrechados (lámina 10) y algunos llegarán a cegarse como sucede con un vano de desagüe al pie del lienzo excavado en la roca, que fue recuperado de nuevo en el siglo IX, volviendo a encauzar la escorrentía por el trayecto original. Dicho vano, con luz superior a 1 m., posee la suficiente holgura para considerarlo una amenaza, lo que nos lleva a interrogarnos sobre el modo en que pudo afectar la defensa a la embocadura de las cloacas y sus conducciones.

La puerta que daba paso a la antecesora vía de la calle Almendralejo que conducía al foro provincial, contaba con 4 m. de anchura, suficientes para el tránsito de carros en doble dirección, con las reformas queda convertida en una puerta de 2 m.; el vano siguiente, de 2'40 m., útil para carros, será reducido con nuevas jambas de sillares a 90 centímetros., limitando su uso al paso de transeúntes y caballerías, con posibilidad de ser tapiado en caso de emergencia. Una obra análoga se produce en las

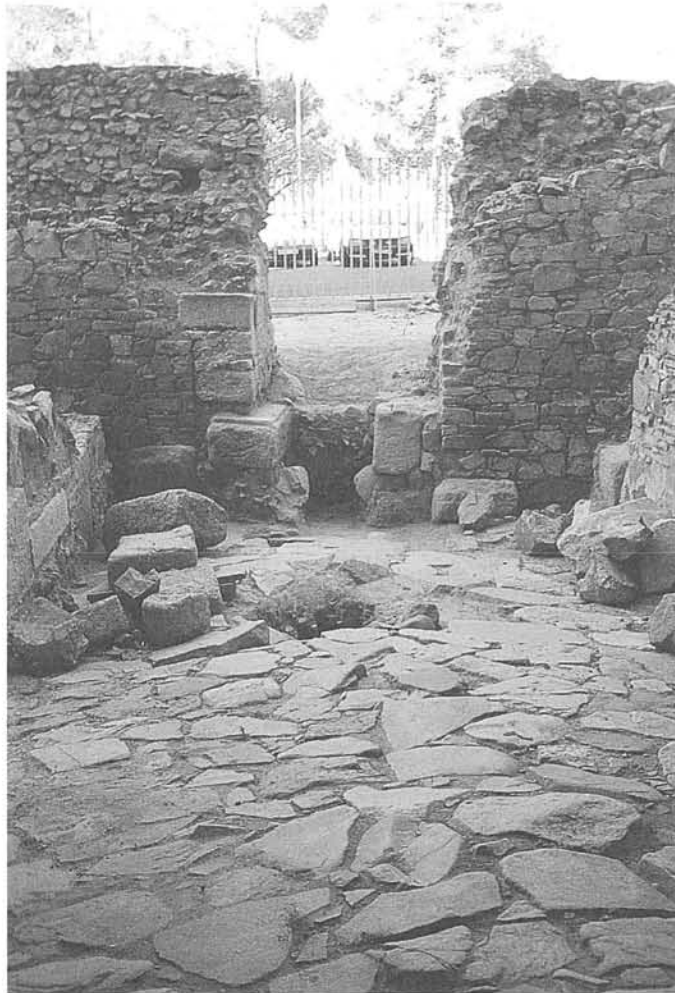


LÁMINA 10
Puerta en la muralla con varias fases

puertas comprendidas entre las ínsulas V y VI. Algunos de estos accesos serán nuevamente ampliados en época Visigoda, así la puerta referida de 90 centímetros fue primero recuperada con sus 2'40 y finalmente quedó en 1'80 m. (lámina 10).

En la construcción no intervinieron canteros, todo el material es reutilizado, prescindiendo, inclusive, de retocar los bloques para igualarlos y asentarlos. Las diferencias de rasante, se corrigen acuñando con piedras cuarcíticas menores, circunstancia que no le resta imponencia y efectividad, antes al contrario, conforman todo un bloque compacto y macizo.

La obra debió suponer una inversión cuantiosa de fondos y una movilización ingente de mano de obra, reunida quizás por el poder de convocatoria y movilización que pudo tener la Iglesia. Serían precisas cuadrillas numerosas para el acopio de materias primas (sillares y cal principalmente), transporte y construcción con la maquinaria capaz de elevar sillares de varios cientos de kilos a entre 8 y 9 metros de altura. Aquí traemos a colación otro documento epigráfico no conservado pero recogido por varios cronistas árabes. Se trata de una inscripción emplazada en la muralla de donde fue desmontada que, con las reservas oportunas hacia su contenido literal, creemos que puede estar relacionada con la construcción del refuerzo, pues menciona a gentes de fuera llegadas para trabajar en la muralla. El episodio se sitúa en tiempos del emir Hisham I (788-796), cuando la doble defensa aún está en pie y forra a la cerca fundacional, por lo que hace más posible que la inscripción, para estar visible, se hallase en la obra más reciente. También se podía haber colocado en el paramento interior de la cerca fundacional, pero las viviendas romano-visigodas se adosaban a ésta, lo que impediría igualmente su contemplación (salvo que hubiesen sido derribadas). El contenido de esta inscripción de mármol recogido por Al Razi en el siglo X es resumido por el propio autor de la siguiente manera:

“Se cuenta como las gentes de Mérida ordenaron a las gentes de Iliya? ¿Iulipa? - Zalamea de la Serena, ¿Constantia Iulia? - Lacimurga, ¿Pax Iulia? - Bejal construir la muralla de su ciudad y le dan una altura de 15 codos. Las gentes de Mérida hicieron esta inscripción.” (PÉREZ ÁLVAREZ, 1992: 39). En otro lugar se mencionan 25 codos, pero el texto es igualmente valioso para aproximarnos a la actitud de los musulmanes frente a las monumentales obras precedentes. El relato completo también lo recoge Pacheco (1991: 31-32). Otras referencias a esta misma inscripción se las debemos a Al-Bakri y Al-Rusati (PÉREZ ÁLVAREZ, 1992: 44 y 49), quienes escriben respectivamente:

“Fue cercada [Mérida] por una muralla de doce codos de ancho y dieciocho de alto, sobre su puerta hay una inscripción que traduzco: Exención para la gente de Iliya que haya trabajado en la muralla quince codos.”

“Mientras recorría cierto día la ciudad, vi una losa que estaba en la muralla, de gran nitidez y abundante jaspeado, pensaría quien la viera que era aljofar. Mandé arrancarla y lo hicieron, después de un gran esfuerzo, y cuando la hice bajar había en ella una inscripción en lengua de los ayân. Reuní a todos los cristianos que había en Mérida, sin que pudieran traducirla, recordó uno de ellos que no lo haría sino un áyamí que conocían. Le envié un mensajero e hice venir a un hombre viejísimo, que cuando colocó la losa ante sí rompió a llorar y luego dijo: La interpretación que hay en esta inscripción es: Orden para la gente de la ciudad de Iliya de trabajar quince codos en la muralla.”

Otra cuestión es la procedencia del material para llevar a cabo la obra. Según Mateos Cruz (1995b: 136-137), en Mérida la destrucción de las áreas funerarias cristianas de Sta. Eulalia y Sta. Catalina presenta una cronología acotable en el siglo V, atribuible más concretamente a los saqueos producidos

por las invasiones. ¿Ocurrió igual con las necrópolis paganas o en su desaparición intervinieron otros factores?

Las áreas funerarias se emplazaban en el contorno de la urbe, siguiendo preferentemente las calzadas principales que confluían en Emérita y ramales que en el extrarradio las conectaban entre sí. El estatus de lo que había sido una ciudad próspera también se reflejaba en la monumentalidad de las áreas funerarias con presencia numerosa de mausoleos, columbarios o hitos monumentales, contruidos íntegramente de bloques de granito o utilizando aquéllos para reforzar las esquinas de las estructuras y sus vanos.

Independientemente de que se pueda atribuir a los bárbaros el expolio de sepulturas, su saqueo no implica necesariamente hacer desaparecer los mausoleos hasta el nivel de cimentación. La evidencia arqueológica apunta a un arrasamiento de los edificios funerarios paganos y una ausencia significativa de sillares en sus niveles de destrucción. Desmantelamiento que pudo deberse a la necesidad de obtener materiales constructivos por parte de los propios hispanorromanos y visigodos. Este desmonte explicaría el estado en que han aparecido los mausoleos de la carretera de Don Álvaro, los del Disco, los de Juan Carlos I, en la necrópolis del Puente, etc. (ENRÍQUEZ et alii, 1991: 600).

Un dato significativo es que se da una selección del material según su naturaleza y tamaño. Se utiliza siempre el granito, desestimando el mármol -probablemente por considerarlo poco eficaz ante el fuego- en formato sillar medio y grande para llevar una pretendida uniformidad, dentro de lo posible, en las hiladas. Así por ejemplo, en el lienzo de Morería las piezas que se acomodan al firme irregular de la roca son más pequeñas hasta que se logra la horizontal y se intenta mantener con ayuda de cuñas en todas las hiladas; aquí, ocasionalmente, puede hallarse algún calzo de mármol. Ya se ha apuntado que el interior no se resuelve con un mero relleno de cascajo,

donde sí podrían ir elementos de todo tamaño y diversidad de materias, sino que es prolongación de sillares en profundidad de igual forma, colocados procurando mantener una cota regular en cada tongada y sirviéndose sólo del mortero para rellenar huecos.

Por regla general y como norma restrictiva, las inscripciones funerarias, aras, estelas y demás hitos funerarios portadores de epigrafía, de mármol o estrechas y alargadas, habrían sido desechadas por no ajustarse al formato sillar que se pretende emplear, requisito que, en cambio, sí cumplen las monolíticas *cupae*. En el caso particular de Mérida tampoco ha de desestimarse por completo perjuicios o reservas dentro del complejo mundo de las mentalidades para desechar elementos a los que se les reconoce una carga simbólica. Las *cupae* de Morería son anepígrafas, se habrían convertido en elementos neutros, privadas de la cartela incrustada en un hueco superior, con la correspondiente leyenda cuando la llevaban. No obstante otras habrían sido reutilizadas con epígrafes incisos (BENDALA, 1975: 49, nota 40), aunque al ir dispuestas a tizón no se mostrarían.

Sin embargo, el historiador local Bernabé Moreno de Vargas, en su obra Historia de la Ciudad de Mérida publicada en 1633, recoge una noticia que afirma el hallazgo de varias inscripciones. A propósito de unos comentarios sobre la aparición de epitafios romanos, narra el descubrimiento casual de inscripciones entre los restos de una muralla de sillares por delante del lienzo antiguo, argumentando precisamente la premeditación de los constructores al utilizarlas en estos menesteres. Sin lugar a dudas esta es la muralla a la que nos venimos refiriendo que ya el historiador local deduce sea obra de godos.

“(…) Y comenzaremos por las que se descubrieron el año de 1608, cuando para el reparo de la puente se dio licencia para buscar piedras debajo de tierra, y se hallaron muchas y muy

grandes de sillería arrimadas al cimiento de los muros antiguos y puestas por lastra y fundamento del ensanche que los godos hicieron, y entre ellas algunas que habían servido de entierros, con inscripciones que lo manifestaron, y las escondieron y sepultaron allí los godos, enemigos crueles de los romanos y que por todos los caminos procuraron olvido al nombre de tan discreta y valerosa nación; pero el tiempo, que todo lo descubre, las manifestó en el nuestro para que aquí se trasladasen, las cuales, y las demás que han venido a mi noticia no son nada en comparación de las que hubo.” (pág. 108.)

Téngase en cuenta que describe un hecho ocurrido veinticinco años antes y del que no fue testigo presencial sino que conoce por noticias (en el año del hallazgo Moreno de Vargas residía en Montijo, localidad donde desempeñó distintos cargos públicos). La duda surge al contrastar esta información con los tres tramos conservados de sillares (Morería, Alcazaba y calle Anas) en los que pese a su considerable longitud no se ha identificado ninguna inscripción. Sospecha extensible al tipo de soporte y material que describe, en dos de las inscripciones en forma de “tabla de mármol blanco”, fragmentados pero con gran parte de la leyenda, es decir, se trata de piezas semicompletas. La aparición futura de más tramos amurallados aclarará si el número de piezas epigráficas de mármol es representativo en el volumen de material empleado, como señala Moreno de Vargas o, por el contrario, excepcional. En cualquier caso, si el historiador está en lo cierto subrayaría la procedencia del material constructivo del desmantelamiento de las áreas funerarias.

Consideramos poco probable que se hubiesen derribado viviendas del interior puesto que se respetaron siempre todos los inmuebles romanos de Morería, a pesar de que las viviendas adosadas a la muralla constituían un obstáculo para defenderla. Más factible parece el desmantelamiento de edificios

públicos romanos intramuros, ya en desuso, como posiblemente los de espectáculos u otros del foro como los templos (la excavación del templo de la calle Holguín nos informará sin duda al respecto). Igualmente parece lógico que como “canteras” se explotasen las edificaciones funerarias y construcciones civiles y públicas -prescindibles- del entorno inmediato a la ciudad. Las *cupae* no dejan lugar a dudas sobre sus primitivos emplazamientos, pero el resto del material es más ambiguo. Sería preciso una observación detallada para hallar indicios que nos orientasen, por ejemplo, de su pertenencia a edificios públicos. De hecho, no faltan piezas molduradas de gran formato como cornisas o zócalos, ni sillares almohadillados u otros elementos indicativos como, por ejemplo, uno de los sillares dispuestos en el paramento en la cara externa del refuerzo de la muralla del tramo de Morería representa un falo (lámina 11), motivo característico de las monumentales obras públicas romanas altoimperiales. Sin duda la colocación de este símbolo en el lienzo fue premeditada pudiendo haberse optado por mostrar la cara opuesta del sillar o simplemente haber sido colocado en el relleno interior. El motivo, dispuesto en vertical y en altoprelieve, sobresale en un paramento levantado a plomada. Las razones para explicarlo pueden ser múltiples, desde el mantenimiento de creencias paganas insertas en una sociedad cristianizada, o la pervivencia compatible de ciertos símbolos muy arraigados y “funcionales”, como éste, adaptado para renovar su misión original: “asegurar vigor, consistencia y perpetuidad” a la obra, y profiláctica: eludir infortunios, o desprovisto del contenido ritual pero con la validez supersticiosa que se concede a un amuleto, al mero capricho improvisado o hasta la materialización de un rasgo humorístico de corte atávico con dedicatoria obscena al enemigo. Independientemente de su mensaje lo interesante es su pertenencia primitiva a un edificio público ya derruido o derribado *ex profeso*.



LÁMINA 11

Detalle del paramento y sillar con falo en altorrelieve

LÁMINA 12

Paramento de la Alcazaba (visibles varias *cupae* y una inscripción)



Pero la mayor parte del material, abundantísimo y accesible, habría procedido de las áreas funerarias. Presumiblemente escaparían aquellas construcciones donde resultase muy complicada la extracción de sillares, como las estructuras subterráneas (BENDALA, 1976: 146), o aquellas más antiguas que lentamente hubiesen ido quedando soterradas por el avance y la acumulación de los vertederos durante siglos, empujados por el arrastre natural y la sedimentación en las zonas más bajas, hasta dejarlos semienterrados u ocultos, como parece haber ocurrido en la zona Sur en el conjunto altoimperial de los llamados columbarios, en la ladera del cerro de San Albín (BENDALA, 1976: 147). También se constata en Morería, en la zona extramuros, donde el basurero, compuesto principalmente por cenizas y desechos domésticos alcanzó una potencia comprendida entre 1'5 y 2 m. cubriendo una zona que con anterioridad se había utilizado como lugar de enterramiento. En el perímetro suburbano, más alejado de los vertederos, resulta significativa la gran cantidad de sepulturas intactas halladas por los arqueólogos, probablemente libradas hasta el presente del expolio por haber desaparecido desde antiguo los hitos que delataban sus emplazamientos.

Al argumento pragmático de aprovechar el material resultante del desmonte de las áreas funerarias se pueden sumar dos ventajas accesorias, una de índole táctico y la otra con cariz religioso. La ciudad romana se habría desarrollado sin temor a la guerra. Los espacios funerarios "cercaban" a la ciudad con su distribución más o menos densa en la mayor parte del extrarradio suburbano favoreciendo el resguardo de los invasores (pasados o venideros) y el asedio. Es una suposición lógica pensar que, como medida preventiva, se despejase el entorno de la urbe para su control y vigilancia; posibilitar salidas ofensivas a campo abierto, sin obstáculos que entorpeciesen el movimiento de la tropa, y eliminar estructuras de cobijo a los sitiadores.

La documentación aportada por un mausoleo en

el área de la "Casa del Anfiteatro" (PALMA y BEJARANO, 1997: 44-52) revelaba su reocupación como espacio de habitación entre los siglos IV y V previo a su amortización. Lo traemos a colación no por sugerir el supuesto origen germánico de sus moradores sino porque atestigua su empleo como lugar de refugio. Varios de los sillares esquineros de esta estructura de mampostería fueron robados, mientras que se dejó en su interior una gran pieza marmórea de forma alargada, con inscripción flanqueada por dos divinidades fluviales (Ana y Barraeca) representadas en altoprelieve que sirvió de dintel al único acceso del mausoleo (CANTO, BEJARANO y PALMA, 1997: 266-267), indicios elocuentes en la línea de la que se viene argumentando.

Por otra parte las áreas funerarias constituían todo un monumento colectivo dedicado a honrar la memoria de los difuntos pero también al diversificado panteón de dioses paganos a quienes iba consagrado. Para el cristianismo las áreas sacras relacionadas con la muerte serán otras (CABALLERO y MATEOS, 1992: 22-24; DE LA BARRERA, 1993: 81-82); lugares de culto como el entorno del edificio martirial de Santa Eulalia que actúan como focos de atracción desde el siglo IV en adelante, en tanto que las antiguas áreas de necrópolis quedaban como testigos molestos de un pasado pagano supuestamente superado, que interesa erradicar, incluidas sus manifestaciones materiales, sus símbolos. Esta posibilidad se hace más verosímil si en concordancia con la información facilitada por la inscripción tenemos en cuenta que el impulsor de los proyectos del dux Salla es un obispo: Zenón. Pudiera tratarse de una especie de "damnatio memoriae" del politeísmo con el beneplácito interesado del prelado emeritense? La justificación religiosa pasaría a un segundo plano para el pueblo, enfrascado en la construcción urgente de unas murallas de las que dependerá su porvenir inmediato.

Como hipótesis podemos concluir que el demantelamiento de las necrópolis paganas pudo

deberse a los propios emeritense por explotarlas como canteras y no al desmedido afán destructor de los visitantes bárbaros, más interesados por la ciudad intramuros. Al resguardo de esta muralla la Mérida de época Visigoda retomará el pulso de su vida urbana, aunque muy transformada. La cerca habría de demostrar su eficacia defensiva desde entonces (a cuyo resguardo se establecerá la corte del rey Agila) hasta siglos después con la ocupación musulmana.

La obra maravillará a los cronistas islámicos por sus características: "como no han hecho otra los hombres" sentencia la crónica anónima *Ajbar Machmua* (TERRÓN, 1991: 17). Su efectividad se pondrá a prueba durante el asedio del 713 desistiendo los zapadores de proseguir el desmonte al no hallarle final (TERRÓN, 1991: 18). A su abrigo se alzaron reiteradas veces las comunidades muladí, mozárabe y bereber, desafiando el poder de Córdoba. Hasta que al problema emeritense se le intentará dar una solución definitiva (en vano) con la construcción de la Alcazaba, obra imponente, pero muy inferior en calidad constructiva a la muralla del siglo V (MENÉNDEZ-PIDAL, 1976: 202).

Ocupada la ciudad, una vez más, por las tropas del Emir hacia el 834, entre las acciones militares emprendidas para zanjar las revueltas estarán las de destruir sus murallas y levantar la Alcazaba en pleno

casco urbano para control de las vías de paso más importantes y vigilancia de la población local (VALDÉS, 1995: 269) y del territorio. Según los datos documentados en *Morería*, el desmantelamiento de las defensas en época de Abd-Al-Rahmán II se centró en privarlas del refuerzo. Los sillares fueron sustraídos hasta un nivel por debajo de la cimentación o en otros sitios hasta la misma roca, desechando algunas piezas como fustes de granito, únicos restos junto con piedras menudas y abundante argamasa que quedaron esparcidas en el lugar. La fortaleza islámica utiliza el mismo sistema constructivo que el refuerzo, idéntico aparejo y materiales, y un ancho semejante, 2'70 m. La coincidencia no sería tal si convenimos que se empleará aquélla como cantera eliminando así el refuerzo y dejando de nuevo al descubierto el lienzo augusteo (que prestará sus últimos servicios defensivos en el levantamiento del 868) y reproduciendo en el perímetro de la Alcazaba un sistema constructivo análogo al desmontado, aunque el interior se resolverá con mortero común con una intención de relleno y de dar cohesión interna a los paramentos, asegurados mediante las piezas dispuestas, sin orden, a soga y tizón; solución más práctica cuando se trabaja con elementos de tamaño heterogéneo (lámina 12). La Alcazaba posee algunos testimonios

CONSIDERACIONES FINALES

La idea de crisis en las fuentes textuales referidas al siglo V está asociada al relato de acontecimientos desastrosos de repercusión inmediata (Hidacio, Pablo Orosio, etc). Los cronistas recogen noticias impactantes, traumáticas, indicios de las catástrofes que se anuncian en las Sagradas Escrituras (ARCE, 1995: 221-229) sin profundizar en el análisis de situaciones depresivas prolongadas durante décadas aunque vayan intercaladas con fases de relativa inactividad bélica.

El conjunto de viviendas afectadas comprendidas en el área arqueológica de *Morería* reflejan una crisis duradera durante los dos primeros tercios del siglo V, atestiguada no solo por los indicios de violencia, sino también por su abandono y posterior reocupación, acomodándose a los inmuebles afectados sin que vuelvan a recuperar nunca su antiguo aspecto. Centuria que, dado su desarrollo turbulento, justifica las medidas defensivas con que se prepara la ciudad, buscando

una seguridad que quizás interviniera como reclamo para atraer repobladores. Hemos visto que algunos autores fechan el refuerzo en época romano tardía, pero si así fuera, cabe preguntarse por qué no pudo hacer frente a las incursiones de alanos, suevos, vándalos y visigodos, cuando, en cambio, sí cumplió eficazmente su propósito en reiteradas ocasiones frente a las tropas islámicas hasta finales del siglo IX. La respuesta está contenida en la inscripción del puente. Correspondería al dux Salla la erección de las murallas, no su "restauración" o "consolidación" en los años inmediatamente anteriores al 483. Los poderes civil y religioso se aúnan para remontar la crisis y devolver a la ciudad el papel nodal de comunicaciones restableciendo su principal vía de paso por el Guadiana y ofreciendo garantías de seguridad para el normal desenvolvimiento de la vida cotidiana, sentando las bases en el último cuarto de siglo de lo que será la vitalidad de la que da muestras Mérida en el siglo VI y siguientes.

Las viviendas de Morería volverán a ser pobladas en época Visigoda, tras un exhaustivo expolio de materiales funcionales y de ornato, que serían aprovechados en otras construcciones públicas, privadas o religiosas en otros puntos de Mérida. Los nuevos habitantes preparan pavimentos de tierra batida sobre los escombros o los retiran, recuperando los niveles de suelo originales de las casas romanas. Reestructuran la organización interna de las plantas, eliminando muros para ganar amplitud en las estancias o, por el contrario, compartimentando con paredes los espacios de patio y habitación, tapiando puertas y abriendo otros vanos rompiendo las paredes romanas y conectando las dependencias directamente, reorganizando de esta manera los circuitos de acceso a los espacios de habitación. Todas estas reformas se deben a la fragmentación ocupacional que sufren los inmuebles romanos que ahora alojarán a diversas familias, sin que la distribución siga una pauta fija. Podemos

aproximarnos al número de familias que las ocuparon a partir del número de hogares como indicio más fiable en relación a la repartición del espacio. Las *domus* romanas se transforman en casas de vecinos donde los céntricos peristilos, eliminadas sus columnatas y pórticos, se convierten en espaciosos patios comunales, lo que nos llevaría al contenido de otro trabajo.

Las viviendas dañadas de Morería, que no contradicen lo observado en otras intervenciones arqueológicas de la ciudad, facilitan la comprensión de lo escrito por el Papa Simplicio al obispo de Mérida Zenón para comunicarle su nombramiento como Vicario Apostólico de España en reconocimiento a su labor, porque de tal suerte había sabido "gobernar la nave de la Iglesia que no quedaron indicios del Naufragio, habiendo sido mucho lo que en las tempestades precedentes había padecido" (VIVES, 1939: 6).

La crisis de las ciudades amenazaba con menguar el poder de las instituciones supralocales. Las obras emprendidas en Mérida ¿se deben a una regeneración impulsada únicamente desde dentro o se halla dentro de una política institucional de resurgimiento de la urbe, como fórmula de afianzamiento del dominio visigótico, de ejercer el poder mismo, de reafirmar y consolidar el papel de las instituciones?. Mérida dispuso de un soberbio amurallamiento debido a una necesidad de seguridad. Según un orden de prioridades, la inscripción señala que se trabajó primero en las murallas y después se restauró el puente. Garantías de protección como requisito previo para reactivar la vida urbana y favorecer la repoblación que, a juzgar por lo que conocemos de las dos centurias siguientes, se habría logrado con éxito (aunque procuraremos matizar este término en un próximo trabajo). Hay que insistir en que las obras las emprende el gobernador Salla, fuese godo o hispanorromano, pero en cualquier caso representante del poder visigodo, y no Zenón. Acometer tan importantes obras indica una política decidida de

gobierno, superada la fase depredadora que caracterizó las intervenciones militares visigodas con anterioridad al rey Eurico. A partir de este monarca Mérida participa como un enclave importante en la implantación del poder visigótico en el suroeste de la Península (ORLANDIS, 1987: 480), empujando definitivamente a los suevos hacia el noroeste, a territorios todavía pertenecientes a la provincia de la Lusitania, que tardarán casi un siglo en ser recuperados.

Poder y control que a partir de la ciudad se irradia al territorio. Podemos suponer que este proceso de revitalización del pulso urbano debió comenzar por los núcleos principales, como lo era la capital de la Lusitania, y que pudo haber sido seguido por otras ciudades de menor entidad de su órbita, con preferencia aquéllas emplazadas en las principales vías de paso por ser puntos clave para articular el territorio, defenderlo y gobernarlo.

Acaso resultado de esta necesidad de regeneración urbana, emprendida en época Visigoda, sean los amurallamientos tardíos de Coria, Cáceres o Cáparra, quizás originalmente existentes en otras

localidades como Trujillo, y no debidos a las invasiones y desórdenes atribuidos al siglo III ni al miedo preventivo a los posibles ataques germanos que se produjeron en el imperio a finales del siglo IV y principios del V. Convendría hacer una revisión crítica, necesariamente arqueológica, de estas construcciones para abordar su estudio desde un análisis más amplio que el tipológico o el de unos paralelos cuestionables.

El siglo V es más que un siglo de transición, es clave para comprender el desarrollo de las centurias siguientes; participará como un eje a partir del cual basculará Mérida hacia el Alto Medioevo sin desprenderse de gran parte de su bagaje cultural romano aunque con la participación de nuevos elementos que propiciarán una evolución divergente, tal y como se pone de manifiesto en *El Libro de las Vidas de los Santos Padres de Mérida* y revela el registro arqueológico.

Mérida, transformada, habría reaccionado para perpetuarse, según reza publicitariamente en la inscripción del puente, como ciudad "majestuosa, próspera y duradera por largos siglos".

BIBLIOGRAFÍA

- ALBA, M. (1997): "Ocupación diacrónica del Área Arqueológica de Morería (Mérida)", *Mérida. Excavaciones Arqueológicas. 1994-1995. Memoria*, Mérida, pp. 285-315.
- ÁLVAREZ, J. M. (1986): "Época Romana", *Historia de la Baja Extremadura*, Badajoz, pp. 89-185.
- ÁLVAREZ, J. M. (1991): La ciudad romana de Mérida, *Cuadernos de Arte Español*, n.º 6, Barcelona.
- ÁLVAREZ, J. M.; CERRILLO, E.; ENRÍQUEZ, J. J.; RAMOS FETALII (1994): *Conjunto Arqueológico de Mérida*, Salamanca.
- ANDRÉS, S. (1982): *Arte Hispanovisigodo en Extremadura*, Cáceres.
- ANDRÉS, S. (1986): "Huellas visigodas en la Baja Extremadura", *Historia de la Baja Extremadura*, Badajoz, pp. 191-227.
- ANÓNIMO (siglo VII): *Libro de las Vidas de los Santos Padres de Mérida*, Traducción, anotaciones y apéndices documentales de Aquilino Camacho, Mérida, 1988.
- ARCE, J. (1982): "Mérida Tardorromana (284-409 d. C.)", *Homenaje a Sáenz de Buruaga*, Madrid, pp. 209-226.
- ARCE, J. (1995): "El catastrofismo de Hydacio y los camellos de la Gallaecia", *Los últimos romanos en Lusitania*, Mérida, pp. 219-229.
- AVILÉS, M.; MADRAZO, S.; MITRE, E.; PALACIOS, B. (1980): *La España Visigoda*. Colección Nueva Historia de España, Madrid.
- AYERBE, R. (1998): "Apuntes sobre los usos del bronce en época Antigua", *ana- Barraeca. Confluencia de culturas*, Mérida, pp. 79-100.
- BALIL, A. (1960): "La defensa de Hispania en el Bajo Imperio", *Zephyrus*, n.º 11, pp. 179-197.
- BENDALA, M. (1976): "Las Necrópolis de Mérida", *Actas del Bimilenario de Mérida*, Madrid, pp. 141-161.
- BENDALA, M.; ÁLVAREZ, J. M. (1995): "Semblanzas de Augusta Emerita", *Extremadura Arqueológica IV*, pp. 179-187.
- BERROCAL, L. (1987): "La urbanística de Augusta Emerita", *Revista de Arqueología*, n.º 71, pp. 35-45.

- BLÁZQUEZ, J. M. (1965): *Caparra*, EAE, n.º 34, Madrid.
- BLÁZQUEZ, J. M. (1966): *Caparra II (Cáceres)*: EAE, n.º 54, Madrid.
- BLÁZQUEZ, J. M. (1978): *Historia económica de la Hispania Romana*, Madrid.
- CABALLERO, L.; MATEOS, P. (1991): "Excavaciones en Santa Eulalia de Mérida", *Extremadura Arqueológica II*, pp. 525-546.
- CABALLERO, L.; MATEOS, P. (1995): "Descripción de los resultados obtenidos en las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en la Iglesia de Santa Eulalia", *Mérida y Santa Eulalia*, Mérida, pp. 59-75.
- CALERO CARRETERO, J. A. (1986): *La muralla Romana de Augusta Emérita. Contexto histórico y arqueológico*, Memoria de Licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras de la UEX, Departamento de Historia Antigua, Cáceres.
- CAMACHO, A. (1986): "La Sede Emeritense y su proyección histórica", *Historia de la Baja Extremadura*, Badajoz, pp. 231-279.
- CANTO, A.; BEJARANO, A.; PALMA, F. (1997): "El Mausoleo del Dintel de los Ríos de Mérida: *Revue Anabaraecus* y el culto de la confluencia", *Madrider Mitteilungen*, n.º 38, Mainz, pp. 45-52.
- CERRILLO, E. (1985): "Extremadura Visigoda. Entre el Imperio Romano y la Invasión Musulmana", *Historia de Extremadura*, Tomo I, Badajoz, pp. 181-207.
- CERRILLO, E. (1995): "Los últimos romanos en Lusitania. Entre la tradición y el cambio", *Los últimos romanos en Lusitania*, Cuadernos Emeritenses, 10, MNAR, pp. 13-48.
- CERRILLO, E. (1995) (b): "Arqueología del Cristianismo primitivo en la actual Extremadura", *Mérida y Santa Eulalia*, Mérida, pp. 89-103.
- CRUZ VILLALÓN, M. (1985): *Mérida Visigoda. La escultura arquitectónica y litúrgica*, Badajoz.
- CRUZ VILLALÓN, M. (1995): "Mérida entre Roma y el Islam. Nuevos documentos y reflexiones", *Los últimos romanos en Lusitania*, Cuadernos Emeritenses, 10, MNAR, pp. 155-184.
- DE LA BARRERA, J. L. (1995): "La Necrópolis de Santa Eulalia", *Mérida y Santa Eulalia*, Mérida, pp. 77-88.
- ENRÍQUEZ, J. J.; ALVARADO, M.; MATEOS, P.; MÁRQUEZ, J.; MOLANO, J.; MOSQUERA, J. J.; GIJÓN, E. (1991): "Excavaciones Arqueológicas en Mérida (1986-1990)", *Extremadura Arqueológica II*, pp. 599-609.
- ETIENNE, R. (1982): "Mérida, Capitale du Vicariat des Espagnes", *Homenaje a Sáenz de Buruaga*, Madrid, pp. 201-207.
- FERNÁNDEZ, J. (1982): *La crisis del siglo III y el fin del Mundo Antiguo*, Madrid.
- FUENTES, A. (1974): "La Cultura Hispanorromana II: la Romanidad Tardía", *Veinte años de Arqueología en España*. Homenaje de Don Emeterio Cuadrado Díaz, pp. 227-246.
- FUENTES, A. (1995): "Extremadura en la Tardía Antigüedad", *Extremadura Arqueológica IV*, pp. 217-237.
- GARCÍA IGLESIAS, L. (1974): "Aspectos Económico-sociales de la Mérida Visigoda", *REE*, XXX, II, pp. 321-362.
- GARCÍA MORENO, L. A. (1982): "Mérida y el reino visigodo de Tolosa (418-507): *Homenaje a Sáenz de Buruaga*, Madrid, pp. 227-240.
- GARCÍA MORENO, L. A. (1986): "Las transformaciones de la topografía de las ciudades en Lusitania en la Antigüedad Tardía", *REE*, XLII, I, pp. 97-114.
- JIMÉNEZ, A. (1976): "Problemas de los acueductos emeritenses", *Halis*, n.º 7, pp. 271-292.
- MACÍAS, M. (1929): *Mérida Monumental y Artística*, Barcelona.
- MAIER, F. G. (1981): *Las Transformaciones del Mundo Mediterráneo. S. III-VIII*, Historia Universal siglo XXI, Vol. 9, Madrid.
- MATEOS, P. (1992): "El culto a Santa Eulalia y su influencia en el urbanismo emeritense. Siglos IV-V", *Extremadura Arqueológica III*, pp. 57-79.
- MATEOS, P. (1995) (a): "Arqueología de la Tardoantigüedad en Mérida: Estado de la cuestión", *Los últimos romanos en Lusitania, Mérida*, pp. 125-152.
- MATEOS, P. (1995) (b): "Proyecto de Arqueología urbana en Mérida: Desarrollo y primeros resultados", *Extremadura Arqueológica IV*, pp. 191-215.
- MATEOS, P. (1995) (c): "La cristianización de la Lusitania (siglos IV-VII). Extremadura en época Visigoda", *Extremadura Arqueológica IV*, pp. 239-263.
- MATEOS, P. (1998): *Santa Eulalia de Mérida. Arqueología y urbanismo*, Anejos de Archivo Español de Arqueología, CSIC, Madrid (en prensa).
- MATEOS, P.; ENRÍQUEZ, J. J. (1996): "Mérida. Conjunto Arqueológico", *Extremadura Patrimonio de la Humanidad*, Mérida, pp. 63-103.
- MÉLIDA, J. R. (1926): *Catálogo Monumental de España. Provincia de Badajoz. 1907-1910*, Madrid.
- MENÉNDEZ PIDAL, J. (1976): "Algunas notas sobre la restauración y atención prestadas a los monumentos emeritenses", *Actas del Bimilenario de Mérida*, Madrid, pp. 199-216.
- MORENO DE VARGAS, B. (1633): *Historia de la Ciudad de Mérida*, Mérida, 1987 (5.ª edición).
- MOSQUERA, J. L. (1994): "Excavaciones en el barrio emeritense de Morería", *Revista de Arqueología*, n.º 158, pp. 42-49.
- ORLANDIS, J. (1981): *Del Mundo Antiguo al Medieval*, Universidad de Navarra, Pamplona.
- ORLANDIS, J. (1987): "La Antigüedad Tardía", *Historia General de España y América*, Tomo III, Madrid, pp. 465-587.
- PACHECO, J. A. (1991): *Extremadura en los Geógrafos Árabes*, Badajoz.
- PALMA, F.; BEJARANO, A. (1997): "Excavaciones del Mausoleo de la Casa del Anfiteatro", Mérida. *Excavaciones Arqueológicas. 1994-1995. Memoria*, Mérida, pp. 45-52.

PÉREZ ÁLVAREZ, M.^a A. (1992): *Fuentes Árabes de Extremadura*, Salamanca.

RICHMOND, I. A. (1930): "The first years of Emerita Augusta", *Archaeological Journal*, LXXXVII, pp. 99-107.

SÁNCHEZ SÁCHEZ, G. (1997): "Intervención en un solar de la calle Augusto, n.º3", Mérida. *Excavaciones Arqueológicas. 1994-1995. Memoria*, Mérida, pp. 128-134.

SAYAS, J. J.; GARCÍA MORENO, L. A. (1990): *Romanismo y germanismo en el despertar de los pueblos hispánicos*, Barcelona.

TERRÓN, M. (1991): *Extremadura Musulmana*, Badajoz.

VALDÉS, F. (1986): "Arqueología islámica en la Baja Extremadura", *Historia de la Baja Extremadura*, Badajoz, pp. 559-599.

VALDÉS, F. (1995): "Arqueología Islámica de Extremadura: los primeros cuatrocientos años", *Extremadura Arqueológica IV*, pp. 265, 297.

VALDÉS, F. (1995): "El aljibe de la Alcazaba de Mérida y la política omeya en el Occidente de Al-Andalus", *Extremadura Arqueológica V*, pp. 279-299.

